

❖ JOSEP FONTANA  
Universidad Pompeu Fabra

## “LA NECESIDAD DE LA MEMORIA”

La historia de un grupo humano es su memoria colectiva y cumple respecto de él la misma función que la memoria personal en un individuo: la de darle un sentido de identidad que lo hace ser él mismo y no otro. Sucede, sin embargo, que comprendemos mal la naturaleza de nuestra memoria y que estamos perdiendo el sentido de su valor y utilidad, con lo que corremos el riesgo de ver atrofiarse una de nuestras facultades intelectuales más potentes. El hombre moderno lo comenzó a hacer cuando inventó una imagen simplificada del mundo en que todo podía explicarse a partir de unas pocas leyes universales, en cuyo conocimiento consistía todo el saber necesario.

No pensaban de este modo los hombres de la edad media y del Renacimiento, para quienes la memoria era un instrumento activo de conocimiento. Y no se trata solamente, como se suele pensar, de la utilidad de las técnicas de memorización para suplir la escasez de fuentes de conocimiento escritas en la época anterior a la imprenta, sino que esta valoración respondía a un planteamiento mucho más rico y complejo. En el siglo XVII, en plena revolución científica, y cuando los libros eran ya abundantes, la memoria se consideraba como una herramienta para adquirir conocimiento y no sólo para conservarlo. Llevando a su culminación ideas que tenían raíces tan lejanas como las que Ramus convirtió en un método –de hecho parece que la misma palabra “método” ha nacido en relación con este desarrollo del arte de la memoria-, Francis Bacon y Descartes la usaban para crear nuevas formas de análisis de la realidad y Leibniz partió de esta misma tradición para desarrollar el cálculo infinitesimal<sup>1</sup>. Parte del problema de nuestra mala comprensión reside en el modo en que concebimos la memoria. Nos hemos acostumbrado a considerarla como una película que recogió en su momento la imagen fiel de la realidad, pero que el paso del tiempo ha ido borrando progresivamente. Los recuerdos de los acontecimientos, parcialmente desgastados, se conservarían en algún rincón de ese inmenso depósito de experiencias que es nuestro cerebro, donde los iríamos a buscar cuando los necesitamos.

Pero nuestros recuerdos no son restos de una imagen, sino una construcción que hacemos a partir de fragmentos de conocimiento que ya eran, en su origen, interpretaciones de la realidad y que, al volverlos a reunir, reinterpretemos a la luz de nuevos puntos de vista. Daniel Schacter sostiene que tenemos más de un sistema de memoria y que diversas partes del cerebro han de interactuar para permitirnos codificar o recuperar un recuerdo. Alwyn Scott nos muestra la complejidad de eso en apariencia tan simple que es la evocación de un recuerdo: una imagen en una fotografía, nos dice, puede recordarnos a nuestra abuela y activará por ello los lóbulos ópticos; pero es probable que recuperemos al propio tiempo el recuerdo de su voz, que debe hallarse en los lóbulos temporales. Estas cosas se nos aparecerán ligadas a toda una serie de otros elementos: palabras que dijo, colores y olores diversos que

<sup>1</sup> Sobre esto, Paolo Rossi, *Clavis universalis. Arti menmoniche e logica combinatoria de Lullo a Leibniz*, Milán, Riccardi, 1960; P.Rossi, ed., *La memoria del sapere*, Bari, Laterza, 1988; Mary Carruthers, *The book of memory*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, y en especial Frances A. Yates, *The art of memory*, Londres, Pimlico, 1992 (edición original, 1966).

relacionamos con ella. Como el recuerdo está imbuido de tonos emocionales, estos también serán activados, en lugares cuya ubicación en nuestro cerebro nos es desconocida. Y queda aún la tarea lingüística de ajustar este conjunto de imágenes a la palabra “abuela”. El proceso es lo suficientemente complejo como para hacernos entender que la simple producción de un recuerdo puntual es un acto intelectual muy complejo<sup>2</sup>.

Quien más allá nos ha llevado en esta nueva concepción de la memoria es sin duda un gran neurobiólogo, el premio Nobel Gerald Edelman, quien nos advierte que “en los seres humanos coexisten la conciencia primaria y otra de grado superior, cada una de las cuales tiene una relación distinta con el tiempo. El sentido del tiempo pasado en la conciencia superior tiene que ver con ordenaciones previas de categorías en relación con un pasado inmediato manejado por la conciencia primaria. La conciencia superior no se basa en la experiencia del momento, como la primaria, sino en la capacidad de modelar el pasado y el futuro”<sup>3</sup>.

Estas ideas las ha desarrollado posteriormente en un libro sobre la formación de la conciencia donde señala que una de las funciones esenciales de la memoria es la de hacer “una forma de recategorización constructiva” mientras se produce una experiencia, que no es una mera reproducción de una secuencia anterior de acontecimientos, sino una estrategia para evaluar situaciones nuevas a las que ha de enfrentarse mediante la construcción de un “presente recordado”, que no es la evocación de un momento determinado del pasado, sino que implica la capacidad de poner en juego experiencias previas para diseñar un escenario contrafactual al cual puedan incorporarse los elementos nuevos que se nos presentan<sup>4</sup>.

Pienso que estas ideas acerca de la memoria humana valen también para comprender mejor la naturaleza y la función de nuestra memoria colectiva. Los historiadores –y uso esta palabra en un sentido amplio, sin limitarme a su acepción estrictamente académica, para referirme a cuantos trabajamos en la tarea de recuperar e interpretar el pasado- no nos limitamos a sacar a la luz acontecimientos que estaban enterrados bajo las ruinas del olvido, sino que usamos nuestra capacidad de formar “presentes recordados” para contribuir a la formación de la conciencia colectiva que corresponde a las necesidades del momento, no deduciendo lecciones inmediatas de situaciones del pasado que no han de repetirse, sino ayudando a crear escenarios contrafactuales en que sea posible encajar e interpretar los hechos nuevos que se nos presentan: escenarios en que el pasado se ilumina en el momento del reconocimiento, cuando, como decía Walter Benjamin, “se presenta de súbito al sujeto histórico en el momento del peligro”.

Hay, sin embargo, un problema fundamental que conviene plantear desde el comienzo: ¿quién es el sujeto de una memoria colectiva? Deberían serlo, lógicamente, los distintos integrantes del grupo que pretende representar, si no individualmente, por lo menos de forma lo suficientemente plural como para que resultase representativa. Lo que no suele suceder

<sup>2</sup> Daniel L. Schacter, *Searching for memory. The brain, the mind, and the past*, Nueva York, Basic Books, 1996; Alwyn Scott, *Stairway to the mind*, Nueva York, Copernicus, 1995, p. 78.

<sup>3</sup> Gerald Edelman “Memory and the individual soul. Against silly reductionism”, en John Cornwell, ed., *Nature's imagination. The frontiers of scientific vision*, Oxford, University Press, 1995, pp.200-206.

<sup>4</sup> Gerald M. Edelman y Giulio Tononi. *El universo de la conciencia. Cómo la materia se convierte en imaginación*, Barcelona, Crítica, 2002; de modo semejante Gilles Fauconnier y Mark Turner en *The way we think. Conceptual bending and the mind's hidden complexities*, Nueva York, Basic Books, 2002, señalan la importancia de “la construcción de lo irreal”, del uso de escenarios contrafactuales, como son los de los “presentes recordados”.

porque, desde el siglo XIX, los estados optaron por convertirse en inspiradores y vigilantes del relato histórico y se han dedicado desde entonces a elaborar e imponer el que conviene a sus pretensiones e intereses. Un género de relatos con los que se ha pretendido legitimar esa aberración que es el estado-nación, a costa de acallar y reprimir todo lo que no encajara en él.

Es el estado el que se ocupa del uso público de la historia, de eso que un historiador italiano ha definido como "todo lo que no entra directamente en la historia profesional, pero constituye la memoria pública (...); todo lo que crea el discurso histórico difuso, la visión de la historia, consciente o inconsciente, que es propia de todos los ciudadanos. Algo en que los historiadores desempeñan un papel, pero que es gestionado substancialmente por otros protagonistas, políticos y por los medios de comunicación de masas"<sup>5</sup>.

Los gobiernos se han ocupado siempre de controlar la producción historiográfica, nombrando cronistas e historiadores oficiales -Napoleón se encargaba incluso de fijar cómo habían de ser los cuadros que reproducían sus batallas- o estableciendo academias como la que Felipe V fundó en España en 1738 y que durante más de doscientos cincuenta años ha pretendido fijar la verdad histórica políticamente correcta, con escasa eficacia, todo hay que decirlo. Pero esta preocupación aumentó considerablemente en el siglo XIX con la formación de las naciones-estado modernas.

Comenzaron, como era de esperar, controlando estrechamente los contenidos que se transmitían en la enseñanza, con la doble función de legitimar el estado y de asentar la aceptación de los valores sociales establecidos. Ello ha llevado a una serie de "guerras de la historia", que fueron especialmente duras a partir de los años treinta del siglo pasado, cuando se quemaron libros de historia en la Alemania nazi o en la España franquista, y cuando se produjo la condena de los historiadores que se apartaban del dogma establecido en la Rusia de Stalin (un dogma, además, que cambiaba en la misma medida en que lo hacía la política del partido, de manera que lo que ayer era correcto, dejaba de serlo hoy, y los historiadores debían ir con cuidado para adaptarse rápidamente a las nuevas normas).

La guerra fría reforzó estos controles. En 1949 el presidente de la American Historical Association declaraba que los historiadores no se podían permitir el lujo de disentir y exhortaba a sus colegas a abandonar su tradicional pluralidad de objetivos y de valores y a aceptar "una amplia medida de regimentación, porque una guerra total, sea caliente o fría, moviliza a todo el mundo y llama a cada uno a asumir su parte. El historiador no está más libre de esta obligación que el físico"<sup>6</sup>.

Pero el fin de esta guerra no ha mejorado la situación. En 1990, el presidente Bush, padre, inició un plan para mejorar los niveles educativos de los estudiantes norteamericanos que incluía entre sus objetivos el de "conocer las diversas herencias culturales de esta nación". La comisión encargada de fijar unos objetivos nacionales en el terreno del conocimiento de la historia trató de combinar las diversas exigencias de multiculturalismo de las minorías para llegar a una visión histórica realmente global. Después de largas discusiones con una amplia

5 Gianpasquale Santomassimo, "Guerra e legittimazione storica", en *Passato e presente*, (Florenca) nº 54 (settembre-dicembre 2001), pp. 5-23 (citas de pp. 8-9)

6 Stephen F.Cohen, *Rethinking the soviet experience. Politics and history since 1917*, New York, Oxford University Press, 1985, p.13.

participación de especialistas, los objetivos estaban preparados en el otoño de 1994, cuando fueron denunciados en el Wall Street Journal como una conspiración para inculcar una educación al estilo comunista o nazi. Les asustaba que un enfoque más abierto pudiese poner en peligro el consenso tradicional en torno a los valores sociales establecidos<sup>7</sup>. No sólo se trata de la escuela. Hay además una pedagogía de las denominaciones urbanas, de los monumentos y las celebraciones. Los nombres de las calles recuerdan batallas y héroes guerreros, los monumentos tienden a la exaltación patriótica, las celebraciones regulares refuerzan cada año la continuidad de estos valores. Es lo que el novelista norteamericano Don DeLillo describe en *Underworld* cuando el protagonista dice: "A mi me gustaba el modo que tenía la historia de no descontrolarse. Segregaban historia visible. La enjaulaban, la consolidaban y la recubrían de bronce, la exhibían cuidadosamente en su relicario en museos y plazas y parques conmemorativos"<sup>8</sup>.

Controlar el conocimiento histórico es importante porque éste cumple una función trascendental en nuestras vidas. "El conocimiento histórico –ha escrito Coetzee- es conocimiento acerca del pasado como fuerza que conforma el presente. En tanto que esta fuerza se deja sentir intangiblemente en nuestras vidas, el conocimiento histórico es parte del presente. Nuestro ser histórico es parte de nuestro presente"<sup>9</sup>.

Nunca como en la actualidad ha resultado tan evidente la necesidad de combatir estas historias construidas desde el estado que apelan a la emotividad contra la razón. Para empezar, el plan mismo de sujetar la pluralidad de las culturas a rígidos marcos unitarios no puede seguirse manteniendo. Evgeni Primakov, que fue primer ministro de Rusia hace pocos años, ha escrito: "Si tomamos en cuenta que en el mundo actual hay ciento cincuenta estados en que conviven dos mil naciones y etnias diferentes, podemos llegar a la conclusión universal de que la solución consiste en garantizar el derecho de las minorías nacionales dentro de los estados multinacionales"<sup>10</sup>.

Los estados en que vivimos deberían abandonar su pretensión de justificarse sobre la base de un patriotismo basado en mitos fundacionales, contruidos con frecuencia sobre un racismo identitario, para asumir que su legitimidad se basa en el contrato social con sus súbditos, lo que significa llevar el tema del terreno de la emotividad irracional al de la razón.

Estamos viendo en estos días las tensiones entre China y Japón por la versión de lo sucedido durante la Segunda guerra mundial que se difunde en los libros de texto japoneses. Lo que no se suele decir es que esta versión no ha surgido espontáneamente, sino que ha sido construida e impuesta por el gobierno. Cuando terminó la guerra se dejó que los maestros escogieran los libros de texto de historia que prefiriesen, con una amplia tolerancia. Preocupado al ver cuál era la selección que patrocinaba el Sindicato de profesores de Japón, el ministerio

7 Sobre esto, Gary B.Nash, Charlotte Crabtree and Rose E.Dunn, *History on trial. Culture wars and the teaching of the past*, New York, Alfred A. Knopf, 1997. Nash y Crabtree eran precisamente los principales responsables de los National Standards for United States History y de los National Standards for world history publicados en 1994 y denunciados por el Wall Street Journal.

8 Don DeLillo, *Underworld*, Londres, Picador, 1998, p. 86.

9 J.M. Coetzee: "What is a classic?", en *Stranger shores. Essays 1986-1999*, Londres, Vintage, 2002, p. 15.

10 Evgeni Primakov, *Russian crossroads*, capítulo IX.

de Educación decidió en 1955 intervenir directamente para censurar los textos, a lo que tuvo que renunciar momentáneamente ante la manifestación en contra de medio millón de maestros y estudiantes. Pero la tarea siguió, inspirada por sucesivos gobiernos que patrocinaban textos en que se decía que la invasión de China era una respuesta obligada a las provocaciones de los chinos y que la invasión de Asia había sido “una cruzada para liberar a los pueblos asiáticos del imperialismo occidental”, olvidándose de añadir que tal liberación se había hecho a costa de las vidas de 30 millones de asiáticos.

Un educador y autor de libros de texto, Ienaga Saburo, a quien el ministerio exigía en 1963 que hiciera 290 rectificaciones en su Nueva historia de Japón, protagonizó una serie de procesos contra el ministerio de Educación; pero los gobiernos de los años setenta reforzaron la presión. La lucha de Ienaga tenía el respaldo de una “Liga nacional de apoyo al proceso contra la selección de manuales escolares”; pero frente a esta se ha creado, entre otras, la “Sociedad japonesa para la reforma de los manuales escolares”, inspirada por el profesor Fujioka Nobukatsu, de la universidad de Tokio, que propone “inculcar un sentido de orgullo en la historia de nuestra nación” y eliminar las referencias a la culpabilidad japonesa por las atrocidades cometidas en la guerra, con argumentos como que las mujeres forzadas a servir de prostitutas para los soldados eran profesionales bien pagadas que habían optado libremente por este trabajo<sup>11</sup>. Resucitar a través de la revisión de la historia sentimientos primarios de patriotismo es algo que conviene a unos gobiernos interesados en que se olviden décadas de incompetencia y corrupción que condujeron a una grave crisis económica.

Hay más aspectos que considerar, sin embargo. Como he dicho antes, estas visiones construidas desde arriba tienen también un claro contenido social. Las historias nacional-estatales hablan sobre todo de reyes, ministros, generales..., de los estamentos dirigentes que se supone que son los actores fundamentales de la historia. En 1933 se publicó en Palencia un libro de texto titulado Mi primer libro de historia<sup>12</sup>, obra de Daniel G. Linacero, quien, en una introducción dirigida a los maestros atacaba los “libros históricos amañados con profusión de fechas, sucesos, batallas y crímenes; relatos de reinados vacíos de sentido histórico, todo bambolla y efectismo espectacular”. Y pedía, por el contrario, que no se olvidase “que la historia no la han hecho los personajes, sino el pueblo todo y principalmente el pueblo trabajador humilde y sufrido, que, solidario y altruista, ha ido empujando la vida hacia horizontes más nobles, más justos, más humanos”. El 8 de agosto de 1936, mientras pasaba sus vacaciones en Arévalo, los fascistas fueron a buscarle para darle muerte. Su partida de defunción dice, elocuentemente, que falleció “a consecuencia del Movimiento Nacional existente”. Su casa fue cerrada y saqueada. Tenía treinta y tres años y dejaba esposa y tres hijas de corta edad.

Lo que los que le mataron querían que se enseñase a los niños lo decía en sus primeras páginas el manual elemental de historia que publicó el Instituto de España en 1939: “La historia es como un cuento maravilloso, pero un cuento en que todo es verdad, en que son ciertos los hechos grandiosos, heroicos y emocionantes que refiere (...). Por la historia se sabe lo que

11 Claire Roulliere, *La mémoire de la seconde guerre mondiale au Japon*, Paris, L'Harmattan, 2004; John W. Dower, *Embracing defeat. Japan in the wake of World War II*, Nueva York, Norton, 1999, pp. 246-251; J. Bailey, *Postwar Japan. 1945 to the present*, Oxford, Blackwell, 1996, pp. 49, 81-82 y 155-160; Gavan McCormack, “Japan's uncomfortable past”, en *History today*, nº 48 (1998), pp. 5-7.

12 Palencia, Imp. Y Lib. de Afrodísio Aguado, 1933.

ha ocurrido en cada país y cómo fueron sus reyes, sus gobernantes y sus personajes más ilustres (...). Nos habla de todos aquellos que hicieron en su vida algo noble e importante. La historia hace relación de las guerras, de las hazañas extraordinarias, de las aventuras fantásticas, de los viajes y las exploraciones arriesgadas”<sup>13</sup>.

Ranahit Guha ha denunciado los vicios de una historiografía académica que parece tener como objeto legitimar retrospectivamente las construcciones estatales y la estructura del poder social de nuestro tiempo. Una historiografía que escoge como objetos dignos de estudio, como “hechos históricos”, los que se refieren a la vida del estado y elige como protagonistas, como decía el primer manual franquista, a “los reyes, los gobernantes y los personajes ilustres”<sup>14</sup>.

Guha se plantea el problema de crear un tipo de escritura que permita escuchar, a la vez, las diversas voces de la historia y no sólo las de los dirigentes, que nos cuentan su proyecto y relegan todos los demás elementos a la mera instrumentalidad. Una escritura que debería romper la línea unitaria de la versión dominante, que es inherente a su propia estructura narrativa, formada en la historiografía posterior a la Ilustración, como en la novela, por un cierto orden de coherencia y linealidad que es el que dicta lo que hay que incluir en la historia y lo que se deja fuera de ella, y fija cómo hay que desarrollar la trama, con su fin eventual, y cómo la diversidad de caracteres y acontecimientos han de controlarse de acuerdo con la lógica de la acción principal.

Acabar con esta narratología tradicional es condición necesaria para construir una historia que recoja las voces de unos grupos subalternos que hasta ahora han quedado al margen de ella. El problema será, en todo, el de poner en orden la multitud de narraciones que se nos ofrecen con este método para conseguir algún tipo de síntesis. Lo cual nos llevaría a desagregar buena parte de los elementos de análisis de la sociedad que recibimos de la historiografía, que vienen dados en marcos nacionales, y a recomponer las piezas en nuevas agregaciones que respondan a las necesidades de nuestra investigación<sup>15</sup>.

Un método que respondiese a estos planteamientos nos obligaría a una investigación más compleja y a inventar un tipo de relato polifónico que, sin olvidar el hilo conductor del estado –porque, se quiera o no, el papel del poder no puede dejarse de lado- escogiese un número suficiente de las voces altas y bajas, grandes y pequeñas de la historia, para articularlas en un coro más significativo que las visiones tradicionales que nos hablan de los soberanos conquistadores, y se olvidan de los campesinos que pagaron con su esfuerzo el coste de los ejércitos que les permitieron ganar las batallas, o que las de un tipo de historia social que toma a los campesinos como protagonistas –lo cual implica un avance en el terreno de la representatividad, ya que son muchos más que los soberanos- pero no nos dice nada de quienes, haciendo las leyes y cobrando los impuestos, determinaron en buena medida sus vidas. La forma de relato que incluya a los unos y a los otros –y muchas otras veces más- en

13 *Manual de la historia de España. Primer grado*, Santander, 1939, pp. 7-8. He estudiado la obra de Linacero, y el contraste de su manual con el del Instituto de España, en *Enseñar historia con una guerra civil por medio*, Barcelona, Crítica, 1999.

14 Ranahit Guha, *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Barcelona, Crítica, 2002 (la edición original: “The small voice of history”, en *Subaltern studies*, VI, Delhi, Oxford University Press, 1996, pp. 1-12).

15 Robert Gregg, *Inside out, outside in. Essays in comparative history*, Londres, Macmillan, 2000, pp. 25-26.

pie de igualdad, sin instrumentalizarlas (sin contentarse con subordinar los campesinos, ni que sea como víctimas, a la historia de los reyes) está todavía por inventar, aunque tiene modelos narrativos interesantes en ciertas formas de novela coral<sup>16</sup>.

Un ejemplo puede ayudar a entender la caducidad de los viejos modelos de historia nacional-estatal. Nos encontramos hoy ante la demanda de estudiar la historia de Europa. Pero ¿cómo escribir acerca de un espacio que no cuenta con una historia común previa? La práctica usual suele ser la de considerar que su historia es la suma de las historias individuales de los estados que integran hoy el mapa del continente, lo cual es engañoso y la reduce a una genealogía de los estados actuales.

Esta falacia “estatista” obliga a los historiadores a trabajar a partir de los marcos políticos actuales, artificialmente proyectados hacia atrás, ignorando deliberadamente que las fronteras “étnicas” de nuestros días son el resultado de siglos de guerras, de migraciones forzadas, de expulsiones y de operaciones de limpieza y genocidio cultural, que se han agudizado sobre todo en el siglo XX. Valga, si no, el ejemplo de una Yugoslavia integrada y desintegrada en el transcurso de setenta y cinco años; hace apenas veinticinco años hubiéramos considerado lógico hablar de la Yugoslavia medieval; hoy esto carece de sentido. En estos marcos estatales la historia debe referirse sobre todo, por fuerza, a los reyes y los jefes de gobierno, dejando a un lado a la mayor parte de los habitantes del continente, los campesinos y las capas populares urbanas, que no suelen aparecer en sus relatos más que en momentos de crisis o de catástrofes.

La única historia de Europa legítima sería, por el contrario, la que nos hablase de cómo se establecieron las relaciones entre los habitantes de los diversos espacios del continente a lo largo del tiempo. Barry Cunliffe ha publicado una ambiciosa revisión de la historia antigua y medieval europea que sostiene que hay una Europa atlántica que va de Islandia a Gibraltar, pasando por Galicia, donde milenios de vida frente al océano habrían dado lugar a que “celtas, bretones y gallegos tuviesen una relación más estrecha con sus vecinos marítimos que con sus coterráneos ingleses, franceses o españoles”<sup>17</sup>. La existencia de un “mundo atlántico” todavía más extenso, que abarca las costas de Europa, de África y de América, aparece en un libro provocativo y ambicioso, y por ello mismo silenciado por la crítica académica, cuyo contenido aparece bien descrito por su subtítulo: “Marinos, esclavos y campesinos en la historia oculta del Atlántico”<sup>18</sup>. Algo semejante sucede en el Mediterráneo, donde Peregrin Horden y Nicholas Purcell han publicado el primer volumen de lo que pretende ser la historia de tres mil años de vida en común de europeos, asiáticos y africanos en torno al mar<sup>19</sup>.

Contra tantos estudios sobre los inexistentes estados europeos en las épocas medieval o moderna, apenas tenemos unos pocos que nos hablen de las migraciones, de las rutas de comercio que unían el Báltico con el mar Negro, de los caminos seguidos por los disidentes religiosos (que pueden explicar que los lolardos ingleses perseguidos se refugiasen en Bohemia

16 Hay unos pocos ejemplos que exploran la realidad de otro modo, como el de Paul A. Cohen, quien en *History in three keys. The Boxers as event, experience and myth* (New York, Columbia University Press, 1997) explica un acontecimiento, la revuelta de los bóxers, como a hecho reconstruido por la investigación histórica, como experiencia vivida y como mito, o como el libro de Mack Walker *The Salzburg transaction. Expulsion and redemption in eighteenth-century Germany* (Ithaca, Cornell University Press, 1992), donde nos narra la expulsión del arzobispado de Salzburgo de 20.000 campesinos protestantes desde cinco perspectivas distintas.

e influyesen en los husitas checos), de fenómenos culturales tan trascendentes como los derivados de la dispersión de los sefardíes expulsados de la Península ibérica, de la convivencia de los pastores por encima de las fronteras políticas, de los recorridos de los buhoneros por todos los caminos del continente, de la comunidad de los hombres de mar y de tantas otras actividades y relaciones colectivas que establecieron lazos de unión y propiciaron aproximaciones culturales muchos siglos antes de que los gobernantes inventaran la unidad europea desde arriba.

Me parece, por ello, que hay una historia de Europa posible, entendiendo el término en el sentido de “historia de los europeos”, pero que, salvo por lo que se refiere al siglo XX, en que la trayectoria del continente toma una mayor dimensión estatal, porque está dominada por las dos guerras mundiales y sus secuelas, esta historia está todavía por escribir.

El tipo de reflexión que propongo para la historia de Europa debería servirnos para evitar que ésta se construya al modo excluyente de las viejas historias estatales. Y para hacernos meditar, de paso, acerca de los efectos nefastos que estas historias estatales han tenido. Porque está claro que el resultado final de alimentar desde arriba prejuicios irracionales, sean étnicos, religiosos o patrióticos, ha sido con demasiada frecuencia el de conducir a choques y enfrentamientos. Quienes trabajamos en uno u otro terreno en la investigación del pasado estamos obligados a pensar en las responsabilidades de quienes alimentaron las pasiones que causaron millones de muertos en las guerras y genocidios que han caracterizado el siglo XX como el más brutal y sanguinario de la historia de la humanidad. Trabajar para reemplazar las convicciones prefabricadas, transmisoras de mitos y prejuicios, por el cultivo de una memoria activa, que capacite al conjunto de los ciudadanos para ver y entender por su cuenta, es posiblemente la mejor forma que tenemos para contribuir a que este nuevo siglo no repita la suma de atrocidades del pasado. Los malos augurios que nos ofrecen los primeros años del siglo XXI muestran que la tarea es necesaria y urgente.

Propongo que cambiemos la forma de entender el pasado para cambiar nuestra sociedad, porque ambas cosas están estrechamente asociadas. Lo supo ver en su tiempo Walter Benjamin, quien sostenía que enumerar “los acontecimientos sin distinguir los pequeños de los grandes”, tomando conciencia de que “no hay nada de todo lo que ha ocurrido que se haya perdido para la historia”, pertenece en realidad a “la humanidad redimida”: “lo cual quiere decir que sólo la humanidad redimida puede citar el pasado en cada uno de sus momentos”<sup>20</sup>.

Nuestro trabajo debería responder a la aspiración de recoger y elaborar los elementos que componen las memorias, y en especial las de los hombres y mujeres comunes a quienes se ha solido negar el derecho a la propia historia, para recomponerlos y devolvérselos con el fin de ayudarles a enfrentar el presente con una mirada más clara y para que conjuntamente podamos construir un futuro de paz asentada en la razón.

17 Barry W. Cunliffe, *Facing the Ocean. The Atlantic world and its peoples, 8000 BC-AD 1500*, Oxford, Oxford University Press, 2001.

18 Peter Linebaugh y Marcus Rediker, *La hidra de la revolución*, Barcelona, Crítica, 2004.

19 Peregrine Horden y Nicholas Purcell, *The corrupting sea. A study of Mediterranean history*, Oxford, Blackwell, 2000; véase también John Wansbrough, *Lingua franca in the Mediterranean*, Richmond, Curzon Press, 1996.

20 Benjamin, “Tesis sobre filosofía de la historia”, 3.